AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 25.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.

No se venden números sueltos.

Sumario.—Manteleta Irene, para jóven.— Zapato para señora.—Paletot Andaluz.—Acerico.—Paletot para niña.—Trage para niño.—Albornoz para niña de 5 á 7 años.—Paletot con botones para niña.—Chaleco para niño. Chaqueta, pantalon y paletot para niño de 7 á 9 años.— Albornoz Bella.— El hilo de los sucesos.—La esclavitud. — Lo que yo busco en la feria.—El corredor de playa. — Revista local.—Figurin.

Manteleta Irene, para jóven de 14 á 16 años.

Esta manteleta puede hacerse de tafetan negro, de tela igual á la del trage, ó bien de muselina blanca. — En los dos últimos casos, *se sustituirá al guipur* estrecho que figura en nuestro dibujo un volante estrecho festoneado, puesto casi plano.

Si se hace la manteleta de muselina blanca, se suprimirán las muletillas con que se cierra. Si se le quiere hacer mas elegante, se le orlará con un bullon por el cual se pasará una cinta del mismo color del cinturon del trage. El sombrero redondo de paja de Fribourg, se guarnece con un rizado á la vieja de cinta rosa vivo, sobre el cual va un encage ligeramente fruncido, que termina en dos cabos cuadrados *cayendo por detrás.*

Zapato para señora.

MATERIALES.— Tafilete color castaño oscuro; tafetan castaño dorado, de color mucho mas claro que el tafilete; torzal de seda amarillo de oro.

Este zapato, destinado á equipos de interior de casa, es muy fácil de ejecutar. Se trazan sobre papel todos los contornos del dibujo; se pone este papel sobre el tafilete, se quita este recortándolo con tijeras muy cortantes. Se forra la pala con el tafetan castaño dorado; se pespuntea el tafilete sobre este forro, haciendo en el contorno del dibujo costuras á punto atrás con la seda amarilla de oro. El zapato se forra enteramente con tafetan *igual al empleado para* la pala. Este forro excede un poco por fuera, donde se redobla y se pespuntea con la dicha seda. La roseta se hace de cinta del color del forro, y de encage estrecho negro ligeramente fruncido. En el centro de ella se pone una hebilla de metal negro barnizado. Puede tambien hacerse el zapato de ta-

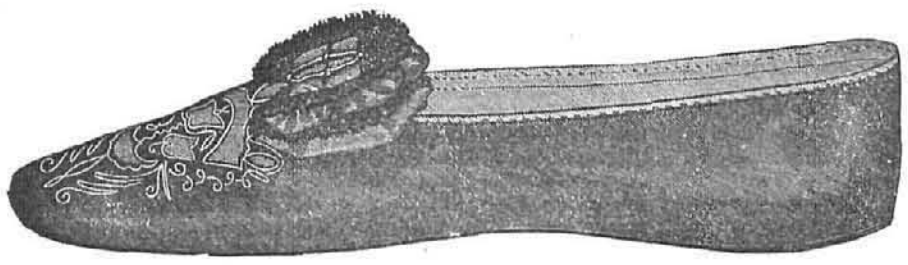
MANTELETA IRENE, PARA JÓVEN DE 14 Á 16 AÑOS.

Acompaña á este número un suplemento, el cual es una gran hoja de patrones.

© Biblioteca Nacional de España

filete gris, y forrarlo de tafetan color de naranja, ó grosella, ó azul, ó rosa, ó encarnado, ó malva.

El dibujo que sirve para su ejecucion representa, no la pala entera, sino solo los adornos en tamaño natural.



ZAPATO PARA SEÑORA.

Paletot andaluz.

Este modelo se distingue de las formas conocidas hasta aquí por la disposicion de los pliegues que parten del hombro, y se reunen debajo de un lazo en la parte inferior del talle. Se los fija por la parte de dentro del paletot por una tira de tafetan cosida en este sitio. Los delanteros llevan botones.

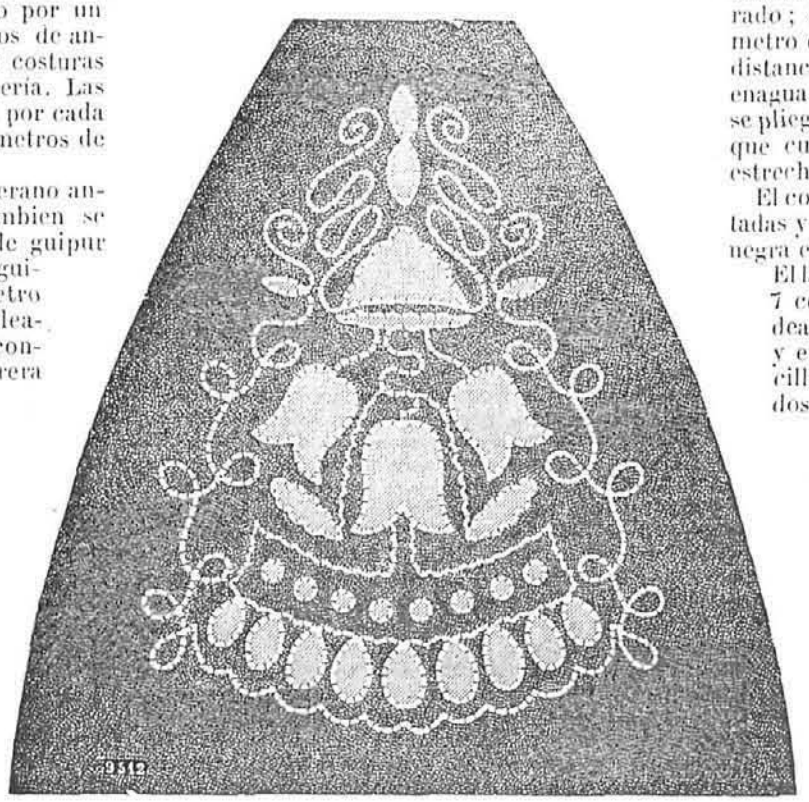
Este paletot se hace de reps de seda negro. Su guarnicion se compone de galones negros que tengan 3 centímetros de ancho, adornados con cuentas negras. El galon que orla el cuello por detrás, y los delanteros, está además guarnecido por un lado con un guipur negro de 2 centímetros de ancho. Los demás galones que cubren las costuras terminan en una borla doble de pasamanería. Las mangas, señalando el codo, se guarnecen por cada extremo con un guipur negro de 5 centímetros de ancho, formando hombreras y puños.

Se podria modernizar un paletot del verano anterior, adaptándole esta guarnicion. Tambien se podria sustituir á los galones entredoses de guipur negro, orlados por ámbos lados con un guipur puesto plano, que tenga un centímetro de ancho. Un guipur mas ancho se emplearia para los dos lados de delante, y se conservaria el ancho indicado para la hombrera y el puño.

Acerico.

MATERIALES. — Terciopelo de color; cuentas blancas; cuentas huecas de plata; forro, etc.

Se cortan dos pedazos iguales de terciopelo, que tengan la forma del acerico. Para ejecutar la guarnicion, se forra la tela con papel pegado por medio de una disolucion de goma; se ensarta el número de cuentas huecas de plata suficiente para rodear uno de los compartimientos (pueden contarse estas cuentas en el dibujo), y se las fija atravesando por puntos muy próximos el hilo en que están ensartadas aquellas. En cada lado de las cuentas dichas se hacen puntos tan juntos como se pueda, para cada uno de los cuales se ensartan 5 cuentas blancas (véase el dibujo). Los dos pedazos cortados del forro se cosen todo al rededor, dejando solamente una abertura pequeña provisional para rellenar el acerico con salvado bien seco. Esta abertura se cierra luego, se cubren las dos caras con el terciopelo, y se guarnece todo con un fleco de bucles, para cada uno de los cuales se ensartan unas 60 cuentas blancas, mas ó menos segun su grueso.



DIBUJO PARA LA EJECUCION DEL ZAPATO DE SEÑORA.

poco al sesgo en sus extremos, orlada de tafetan, y en fin fruncida por el lado que no lleva dobladillo. Los dos bordes cortados al sesgo se reunen de modo que formen una punta, y en el centro de esta especie de presilla se pone un rizado doble, plegado por el medio, de tafetan azul. El largo de la tira con que se ha de formar el rizado debe ser mas del doble del espacio que ha de cubrir. Para guarnecer cada faltriquera se empleará una tira de tela de 54 centímetros de largo y 4 de ancho en su medio. El rizado (que termina en punta) tiene 3 centímetros de ancho. Otro rizado de tafetan que orla la abertura del cuello, es de 5 centímetros de ancho.

La manga se forra en su borde inferior con una tira de tela de 3 centímetros de ancho; luego se ribetea de tafetan. El ancho del rizado es tambien de 3 centímetros. La presilla se estrecha á 4 centímetros de distancia de la costura, y entre la parte mas ancha de aquella y el borde inferior hay un espacio de 11 centímetros.

Trage para niño de 3 á 5 años.

El vestido es de alpaca gris plateado, con solapas y vueltas de cachemira azul vivo; va enteramente orlado por un galon de seda á cuadros azules y negros, al cual se pueden sustituir tiras de tafetan con los mismos cuadros. Este galon (ó tafetan) sirve tambien para adornar la limosnera de terciopelo negro. Los botones son de acero en forma de bolitas.

La enagua tiene 33 centímetros de largo, y un metro con 90 centímetros de ancho; se forra de gasa gruesa. En el borde inferior se le hace un dobladillo de 4 centímetros y medio, igualmente forrado; encima de él se pone el galon (de 1 centímetro de ancho); luego á centímetro y medio de distancia va un segundo galon. En el medio de la enagua, por delante, se hace una abertura corta; se pliega aquel disponiendo los pliegues de modo que cubran la abertura, y se arma en una pretina estrecha.

El corpiño se cierra por delante. Despues de cortadas y forradas las piezas; se ejecuta con trencilla negra el arabesco.

El lazo se hace con una tira de chemira azul de 7 centímetros de ancho y 42 de largo, redondeada por cada extremo; se la orla con galon, y en los cabos se le hace un adornito con trencilla negra; la traviesa del lazo se compone de dos galones cosidos juntos.

Para la limosnera se cortan de terciopelo negro dos pedazos iguales; en la cara de encima se figura una vuelta con galon y botones. Se suspende de dos cintas de terciopelo negro, que tengan 11 centímetros de largo y 2 de ancho, forradas de seda.

Albornoz para niña de 5 á 7 años.

Para hacerlo, se emplearán 74 centímetros de cachemira gris claro. La guarnicion se compone de galon blanco y negro de 1 centímetro de ancho, dispuesto en 4 filas. De la misma tela se cortan dos tiras de 18 centímetros de largo y 4 de ancho; se las recorta todo al rededor con el sacabocados; se cose cada una por dentro del albornoz á 20 centímetros de distancia del borde inferior y á 23 del delantero; estas tiras sirven para pasar los brazos, á fin de mantener graciosamente el albornoz al rededor del talle. Un fleco negro y blanco termina la guarnicion.

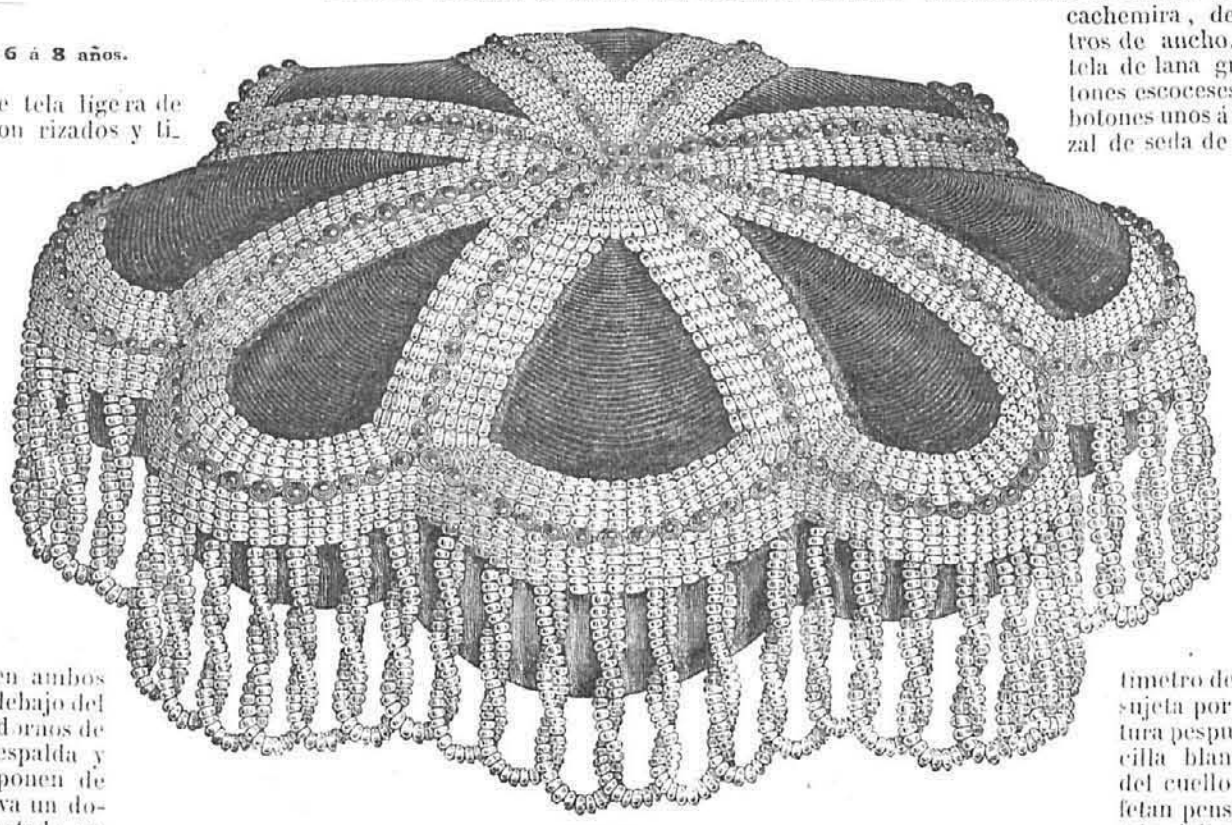
Paletot con botones para niña de 8 á 10 años.

Para ejecutar este paletot se empleará 1 metro y 5 centímetros de batista de lana, paño de verano ó cachemira, de 1 metro y 37 centímetros de ancho. Nuestro modelo es de tela de lana gris, y se adorna con botones escoceses. Las líneas que unen los botones unos á otros se forman con torzal de seda de uno de los colores dominantes del tafetan escocés. Estas líneas se hacen á punto de cadeneta, á punto atrás, ó bien con trencilla fina.

Paletot para niña de 6 á 8 años.

Nuestro modelo es de tela ligera de lana gris, y se adorna con rizados y tiras estrechas de tafetan azul; los botones y sus presillas son de pasamanería azul.

Para ejecutar este paletot se empleará 1 metro y 40 centímetros de tela que tenga este mismo ancho, y 70 centímetros de tafetan azul. — En cada borde de delante se pone una tira de tela que tenga 4 centímetros de ancho. Se ribetea todo el paletot con tiras de tafetan cortadas al sesgo, que salgan, por el derecho, medio centímetro; se ponen botones en ambos delanteros, y presillas debajo del del lado derecho. Los adornos de las faltriqueras, de la espalda y de las mangas se componen de una tira de tela que lleva un dobladillo por un lado, cortada un



ACERICO.

Albornoz Bella, para niña de 7 á 9 años.

Nuestro modelo, hecho de paño de verano gris lila, está guarnecido de tafetan color de pensamiento y galones á cuadros blancos y negros. Todos sus contornos se ribetean con una tira del tafetan dicho, que tenga 1 centímetro de ancho, cortada al sesgo, sujeta por fuera, sea por una costura pespunteada, sea por una trencilla blanca y negra. Al rededor del cuello se pone un rizado de tafetan pensamiento, y patillas de la tela del albornoz, en cada punta

© Biblioteca Nacional de España

de las cuales va un boton; en los delanteros se colocan botones color de pensamiento, y presillas que sirven de ojales. Para formar los lazos que recogen el albornoz por ámbos lados, se cortan dos tiras de tela de 60 centímetros de largo y 5 de ancho; se las ribetea de tafetan, y se forman los bucles sujetos cada uno por un boton, y encima un lazo de 2 hojas. En el cuello se pone un corchete.

Vestido completo de niño de 7 á 9 años.

Este vestido, compuesto de pantalon, chaleco, chaqueta y paletot, es de tela de lana gris, y se guarnece con tela de lana á cuadros blancos y negros; los botones, redondos en forma de bólitas, son de acero. Los delanteros del chaleco se hacen enteramente de esta tela de lana á cuadros.

EL HILOS DE LOS SUCESOS.

En todo hilo hay una propension natural y manifiesta á enredarse.

La costurera menos atenta á los fenómenos que producen los elementos de su oficio, sabe esto perfectamente.

Asi es que no hay una sola de esas criaturas cuya vida es una sucesion interminable de puntos, que al recibir la madeja de seda con que ha de dar vida al futuro vestido, no la devane cuidadosamente para evitar el peligro de que se enrede.

Esto es elemental en el arte de coser.

Porque el hilo y el tiempo son dos cosas que las mujeres que saben su oficio deben consumir en una misma proporcion.

Desconfiad de toda mujer que al hacer la cuenta del dia no salga á lo menos á punto por minuto.

Una madeja enredada es siempre una costura sin hacer, un tiempo mal gastado y un hilo perdido.

El hilo de los acontecimientos, es un hilo que tiene la misma propension que todos los hilos.

Siempre que no se le devana cuidadosamente, se enreda: es el vicio constitucional de todo hilo.

Por eso en el gabinete de un hombre de Estado suele encontrarse lo mismo que en el fondo del costurero de una mujer descuidada.

Esto es, una *maraña*.

Y fijando atentamente la consideracion sobre el objeto representado por la palabra maraña, admira la actividad, el talento, el ingenio que despliega el hilo para enredarse.

¡Qué infatigable obstinacion opone siempre á la paciencia de la mujer que quiere desenredarlo!

Los ojos se pierden en un laberinto de hilos que se cruzan, se enroscan y se confunden, y los dedos se extravian en una confusion de nudos que se suceden, se estrechan y se defienden, como si la vida de cada uno de ellos dependiera de la vida de los demás.

El cabo que se busca es precisamente el que no parece; todos los accidentes del enredo parecen empeñados en ocultarlo.

El hilo entretanto serpentea maliciosamente, se adelanta y retrocede, se une y se separa, aparece y desaparece, formando un conjunto que marea, que produce vértigos, donde las manos se fatigan y los ojos se cansan, donde se pierde la vista y el tacto, y cuyo tegido es cada vez un misterio mas profundo, un secreto mas religiosamente guardado.

PALETOT PARA NIÑA DE 6 A 8 AÑOS (POR DELANTE).

EL MISMO PALETOT VISTO POR DETRAS.

Hay en muchas cosas una terrible desproporcion.

Por ejemplo: con qué facilidad se baja una pendiente, y en cambio ¡cuánto trabajo cuesta subirla!

Veinte años de vida, que quieren decir, veinte años de pesares, de disgustos, de inquietudes, le cuesta al hombre llegar al dominio de su razon.

Y ese tesoro tan lenta, tan trabajosamente adquirido, lo pierde en un solo momento de locura.

Una de las grandes intrigas del dinero es haber conseguido que sea mucho mayor el número de los hombres que lo ganan.

El mismo duro ofrece una cruel resistencia á todo el que quiere ganarlo, y una pasmosa facilidad á todo el que quiere gastarlo.

Una mujer no necesita mas que recibir en sus ojos el despacho telegráfico que envie á su corazon la electricidad de una mirada, para sentir en el fondo de su alma el fuego activo de una pasion profunda.

El relámpago no es mas rápido, ni el rayo mas pronto.

Pero ¡qué raudal de lágrimas no necesita para apagar despues el incendio de su corazon!

Los vicios se adquieren con tanta facilidad, que muchas veces no sabe uno darse cuenta de cómo los ha adquirido.

¡Y cuánto tiempo, cuánta reflexion y cuánta virtud no son necesarias para destruirlos?

Todo hombre necesita, para nacer, nueve meses de preparacion.

Seguidle, y vereis cómo no necesita mas que un instante para morir.

Poned en manos de un niño de tres años una madeja de hilo.

Al momento la madeja se habrá convertido en un enredo maravillosamente combinado.

Si teneis costumbre de reflexionar sobre las cosas frívolas, convendreis en la absurda exactitud que va encerrada en esta exclamacion:

¡Qué ingeniosa habilidad hay en las manos de la inocencia!

De las manos del niño, pasad la madeja á las manos de la mujer.

Por grande que sea su destreza, apelará ante ese intrincado enigma, á la eficacia de sus tijeras, como Alejandro apeló á su espada.

Despues de agotar todos los recursos diplomáticos que la naturaleza ha puesto en los dedos finos y delicados de una mujer, echará mano á su espada y cortará el enredo.

Hecha esta observacion que no puede ser desmentida, es preciso convenir en que un niño tiene mas talento que una mujer.

O digamos que la casualidad es mas ingeniosa que la inteligencia.

¿Porqué no ha de ser lo mismo bajar que subir ser tonto que tener talento, nacer que morir, enredar que desenredar?

¿Porqué la ignorancia, la locura, ó la casualidad, han de producir esos complicados enredos, contra los que el talento, la prevision y la habilidad luchan y se gastan, como un cuchillo que se empeñara en cortar una piedra?

Las circunstancias, esa multitud de accidentes que se combinan de infinitas maneras, para producir la variedad inagotable de sucesos, que hace tan amena la vida de estos tiempos, son lo que los números á la cantidad.

A cualquiera que se tome el trabajo de examinar con atencion un vaso que se derrama, debe ocurrírsele que en él se verifica el fenómeno de las circunstancias.

Alli no hay mas que un conjunto de gotas de a ua dispuestas de modo que la primera es tan absolutamente indispensable como la última para que el vaso se derrame.

El hecho mas sencillo es siempre el resultado de una elaboracion minuciosa de circunstancias que suelen escaparse á nuestra penetracion.

Las desgracias son las cosas que ocurren con mas facilidad. Nada mas fácil que romperse una pierna, que perder una fortuna, que recibir un desengaño ó una ingratitud.

Y sin embargo, cada una de estas desdichas necesita un conjunto de pormenores perfectamente tejidos y enlazados que han de producirla; como la complicada y oculta máquina de un reloj produce el movimiento de las agujas que señalan la hora.

PALETOT ANDALUZ (POR DELANTE).

PALETOT ANDALUZ (POR DETRAS).

© Biblioteca Nacional de España

Un hombre despierta por la mañana despues de haber dormido toda, ó una parte de la noche, circunstancia precisa sin la que le hubiera sido imposible despertarse.

Este hombre tiene la felicidad de no saber qué hacer de esa hermosa mañana que le entra por los ojos, despues de haber entrado por los balcones de su habitacion entreabiertos maliciosamente como la boca de una mujer á quien la naturaleza le ha concedido unos dientes perfectos.

Realmente este hombre no tiene ningun motivo serio que le obligue á salir á la calle, y hasta experimenta esa dulce pereza que nos cierra con tanta amabilidad la puerta de nuestra misma casa.

Pasar la mañana tendido en una butaca, contando las flores de los tapices, es una bella perspectiva.

Una vez averiguado el número de veces que un dibujo está repetido en la alfombra, en la pared ó en el techo, queda todavía el recurso de entretenerse con los caprichos á que el humo de un cigarro se entrega desde el momento en que se le deja la libertad suficiente para esparcirse en el aire.

Todavia hay un libro muy formalmente colocado sobre una mesa inmediata, que puede proporcionar la amena ocupacion de ser hojeado con los dedos unos cuantos minutos.

Tambien hay un piano que no se niega nunca á golpear sus sonoras cuerdas, si hay alguien que tenga el capricho de pasarle las manos por las teclas.

Detrás de las persianas discretamente entornadas, como los ojos de una mujer cuando mira lo que no quiere ver, puede muy bien pasarse media hora observando lo que pasa al otro lado de los cristales de la casa de enfrente.

Queda aun una vecina mas ó menos jóven, ó mas ó menos bella, que es capaz hacer de su balcon el entretenimiento de todos los vecinos que no sepan qué hacerse.

Con tantos recursos para pasar agradablemente una hermosa mañana, es preciso ser un loco para salir de casa.

Decididamente este hombre que no tiene nada que hacer, se entrega con la mayor actividad y sin perder ni un solo minuto, á la ocupacion de no salir á la calle.

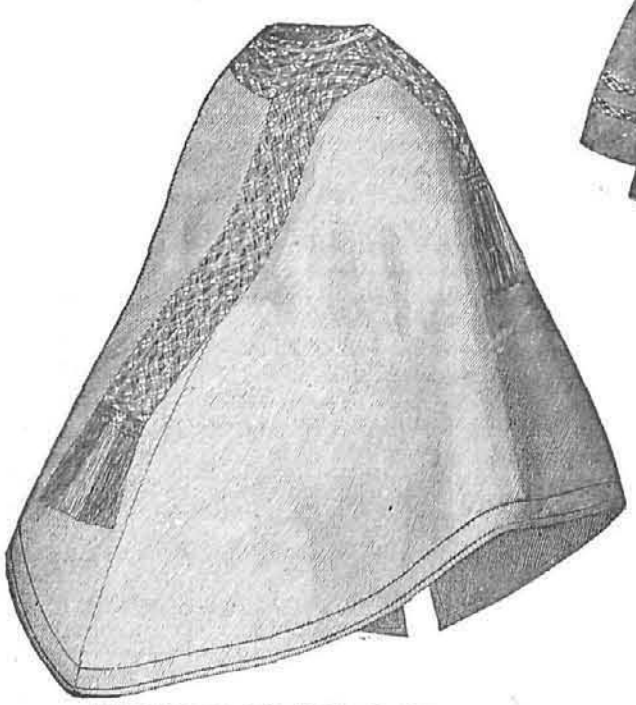
Una resolucion por insignificante que parezca, es una cosa que nos cuesta siempre mucho trabajo, y que despues de adoptada, nos deja tiempo para que podamos ocuparnos en otros asuntos.

Asi es que este hombre no podrá menos que restregarse las manos con la satisfaccion del que ha concluido una obra que le quitaba tiempo para entregarse á otra.

La organizacion mas activa se pasmaría de lo que trabajan los hombres que no saben qué hacerse, si fuera posible reunir en una sola cantidad la suma total de lo que hacen.

Perder á una mujer ó á una familia, perder una

TRAGE PARA NIÑO DE 3 A 5 AÑOS.



ALBORNOZ PARA NIÑA DE 5 A 7 AÑOS.

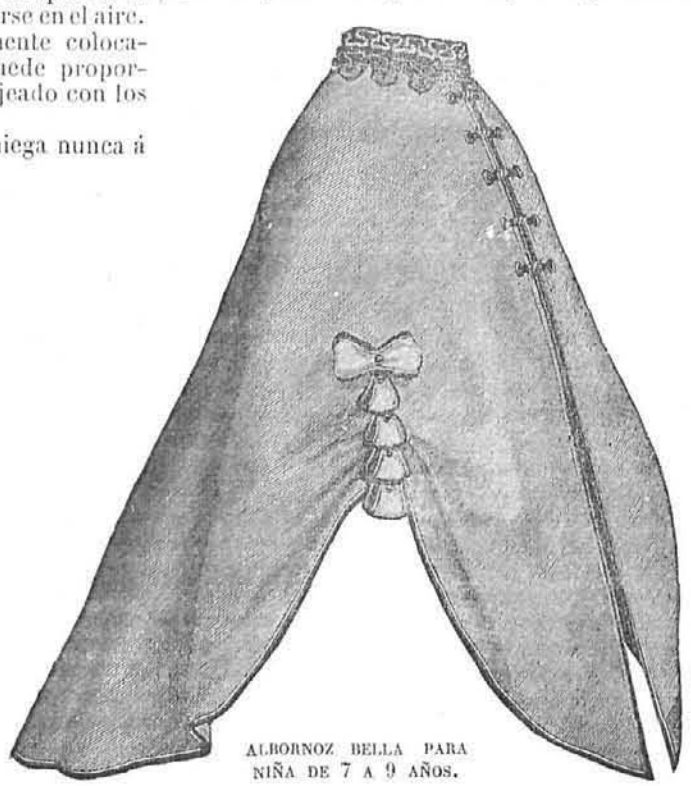
ALBORNOZ PARA NIÑA DE 5 A 7 AÑOS.

CHALECO PARA NIÑO DE 7 A 9 AÑOS.

PALETOT CON BOTONES, PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS.

CHAQUETA PARA NIÑO DE 7 A 9 AÑOS.

PANTALON PARA NIÑO DE 7 A 9 AÑOS.



ALBORNOZ BELLA PARA NIÑA DE 7 A 9 AÑOS.

PALETOT PARA NIÑO DE 7 A 9 AÑOS.

© Biblioteca Nacional de España

gran fortuna y perder la salud, son cosas que parecen muy fáciles, porque las llevan á cabo esos hombres activos que pasan la vida sin tener que hacer.

Nuestro hombre no sale de su casa; es cosa resuelta. Dejémosle un momento entregado á sus numerosas ocupaciones en su magnífica casa construida, *verbi gratia* en el centro de Madrid.

A lo último de la calle de Fuencarral, por ejemplo, vive una mujer, que tiene que hacer en esta hermosa mañana una compra, una visita ó un encargo.

Como el pudor es una cosa tan natural en las mujeres, esta se viste perfectamente para salir á la calle. La cosa es bien natural.

Al ajustarse una falda de color de tórtola, uno de sus adornos ha tenido el capricho de engancharse en una de las molduras de su elegante tocador; y como á una mujer cuando la llama el espejo no reflexiona, da dos pasos precipitados y la falda por seguirla, deja la mitad del adorno desgarrado en los dibujos salientes de la moldura.

Esto es lógico.

Todo vestido que se rompe es entre las mujeres una voz irresistible que pide otro vestido, y esta mujer se lo pide por de pronto á su doncella, reservándose el derecho de pedírselo despues á su marido.

Esto es incontestable.

La doncella trae otra falda verde sembrada de flores menudas. No es esa la que queria, pero es tarde y no puede perder tiempo despues de haber perdido la falda de color de tórtola, y un momento despues está en la calle.

Cruza una y luego otra y luego todas las que se le van poniendo delante, hasta que llega á una en que dos coches y un carro han formado el nudo mas gracioso del mundo.

Esto en Madrid es muy frecuente.

O es preciso esperar á que el nudo se deshaga, ó hay que dar un largo rodeo y echar por otra calle.

Esto es un dilema.

Ciertas mujeres prefieren andar una hora á esperar un minuto, y por eso se las ve andar todos los dias por todas partes buscando amantes y maridos que pudieran muy bien esperar en sus casas.

La calle que atraviesa en este momento es precisamente la misma en que se levanta la casa del hombre que hemos dejado metido en la asidua tarea de no salir á la calle.

La acera por donde se desliza esta mujer que ha roto su falda de color de tórtola, es la que se tiende enfrente de los balcones del hombre ocupado.

El momento en que pasa, es el instante mismo en que nuestro hombre para disimular sus averiguaciones acerca de lo que ocurre en la casa de enfrente, ha bajado honestamente sus ojos hasta las baldosas de la acera.

Su mirada se siente herida por un relámpago verde oscuro con flores menudas.

Las mujeres mismas no saben muchas veces lo que es un vestido.

Dos mujeres que tengan dos vestidos iguales pueden volver loco á un hombre, si el hombre no tuviera bastante con una para perder el juicio.

El vestido verde con flores menudas desaparece detrás de la esquina, y el hombre ocupado se siente de pronto oprimido por ese calambre moral que se llama duda.

La duda graciosa de aquel vestido desapareciendo detrás de la esquina, es para este hombre verdadero relámpago á cuya luz ve en su imaginacion la figura de una mujer.

Aquel aire y aquel vestido son suyos; luego debe ser ella.

Ella es el nombre con que bautizamos á la mujer que el amor nos mete en el alma.

Con esa palabra profunda parece que queremos decir que no hay otra cosa en el mundo.

Para salir de la duda no hay mas remedio que salir de casa: una levita y un sombrero son cosas que los hombres tienen siempre á la mano; las escaleras se bajan mucho mas fácilmente que se suben, y las calles están siempre abiertas para todos.

A la última palabra de este raciocinio ya está en la calle, y se lanza como un rayo detrás de aquel relámpago verde con flores menudas.

Al volver la primera esquina, el vestido relampaguea un instanto y desaparece al volver la esquina siguiente.

Cuando se anda muy deprisa no se les deja tiempo á los piés para que vean el terreno que pisan, y las baldosas mas graves suelen levantarse á veces con cierto disimulo para dejar caer á los que no llevan los ojos en las suelas de las botas.

En esta calle habia una baldosa entretenida en ver lo que pasaba por encima de su compañera.

Los hombres no ven las baldosas que se levantan cuando es una mujer la que llevan delante de los ojos, porque llevar una mujer delante de los ojos equivale á llevar una venda.

En este caso el pié llega, se engancha en el borde de la piedra y no tiene mas tiempo que el preciso para tirar bruscamente del individuo, dejándolo caer sobre las baldosas, que por muy duras que sean, no se han negado nunca á recibir á nadie.

Nuestro hombre se levanta con esa cara que todos tenemos para el momento de una caida, y al ponerse de pié averigua que se ha roto una pierna.

¡Cuánta circunstancia, cuánto pormenor, cuánto detalle ha sido preciso para que una pierna se rompa!

¡Qué bien ha tejido la casualidad todos los hilos para venir á parar á romperle la pierna en medio de la calle á un hombre que habia decidido no salir de su casa!

La cirugía podrá decir lo que quiera de esa pierna rota, pero ella no es mas que la cantidad que arroja una suma de circunstancias, un enredo maravillosamente fabricado por el hilo de los sucesos.

José SELGAS.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de pelo de cabra de color malva.—Lo bajo de la cirugua está guarnecido con un rizado estrecho de cinta de tafetan del color del trage. Un rizado semejante, plegado en el medio, forma arabescos sobre la enagua. El corpiño montante se adorna con rizados figurando tirantes y una especie de coselete; mangas estrechas adornadas con rizados en cada extremo.

Trage de tafetan gris con rizado de cinta verde inglés.— El mismo corpiño que el explicado en el otro trage de este figurin, ahora visto por detrás.

LA ESCLAVITUD. (1)

Un jóven vizcaino que pasó á la isla de Cuba hace algunos años y allí trabaja sin descanso para reunir un ca-

(1) Pertenece este articulito á la obra inédita todavía, titulada CAPITULOS DE UN LIBRO.

© Biblioteca Nacional de España

pitalito que pueda hacer su felicidad y la de su familia en la tierra natal, me escribe todos los meses, no tanto por complacerme dándome noticias de las Antillas, como por obligarme á escribirle dándole noticias de Vizcaya. En carta de primeros de marzo de este año de 1864 me decia entre otras cosas:

«Acaba de recibirse aqui la noticia de que la fragata de guerra *Neptuno*, mandada por nuestro paisano D. Alejandro de Churruca, digno sobrino del valeroso y entendido marino del mismo apellido que tanta gloria dió á Motrico, su pátria, y tan alto renombre alcanzó en el combate de Trafalgar, ha aprehendido un buque francés tripulado por marineros portugueses, que conducia á esta isla hasta 650 negros para venderlos como esclavos. No sé lo que pensará V. de la esclavitud, aunque supongo que la abominará como hombre de buenos sentimientos; pero le aseguro á V. que esta noticia me ha llenado de satisfaccion. Yo pudiera tener ya un capital mas que mediano si hubiese aceptado algunos negocios de negreria que me han propuesto; pero siempre he rechazado con indignacion tales negocios. Prefiero volver á nuestra querida pátria tan pobre como vine, á volver enriquecido con tráfico tan infame. Si Dios me permite reunir un modesto capital, volveré con él á la aldea donde naci y donde vivo con el corazon y el pensamiento, y alli pasaré el resto de mi vida haciendo todo el bien que pueda é imitando la honradez de mis padres y convecinos. Si mi capital fuese adquirido traficando con la dignidad, con la libertad y con la vida del hombre, que es mi hermano, aunque tenga mas ó menos oscura la color, ese capital seria para mí un negro y perpétuo remordimiento que no me dejaria hallar la felicidad que busco por le camino de la honradez.»

Estos renglones que encerraban una noble y expresiva protesta contra la esclavitud humana, obtuvieron por respuesta los que voy á copiar á continuacion:

«Ha hecho V. bien, amigo mio, en suponer que abomino la esclavitud. ¿Y cómo no la he de abominar si además de ser cristiano y hombre de bien he nacido y vivo y espero morir en Vizcaya, donde la libertad nació con las primeras generaciones y sobrevive á las últimas tiranías? Si hoy protesto contra la esclavitud en una carta que solo ha de leer un individuo, mañana protestaré en un libro que han de leer muchos. No faltará quien diga:—En una cuestion tan grave y tan difícil de resolver como la de esclavitud humana, ¿qué influencia ha de ejercer el voto del que se encierra en los bosques de Vizcaya y limita su ambicion de gloria á escribir libros que conmuevan y consuelen á los pobres de ciencia y ricos de corazon? Yo contestaré á los que así digan, que todos los pájaros deben tomar parte en el cántico de la libertad.

Y á propósito de la libertad, permítame V. una digresion, que si no es muy oportuna, es muy patriótica. Como decia no recuerdo quien, se han cometido tales abusos y tales crímenes invocando el nombre de la libertad que ya los hombres de bien sienten al pronunciar ese hermoso nombre algo de lo que sentirian si las palabras libertad y licencia fueran sinónimas; pero Dios que protege las instituciones vascongadas, ha extendido su paternal cuidado hasta el nombre de las instituciones de este noble pueblo, que se denominan *libertades*, como para preservarlas con este plural de que se las confunda con la licencia y para que la mayor amplitud del nombre exprese la mayor amplitud del objeto.

—Era yo muy niño y no sabia lo que queria decir la palabra *esclavo*. Un dia la leí en un libro y preguntando á mi madre lo que significaba, mi madre, que era una pobre aldeana casi tan ignorante como yo, me dijo:

—Los esclavos son bestias con alma y figura de hombre.

Si Dios les ha dado alma y figura de hombre, repliqué, ¿porqué los habrán hecho bestias!

—Quien los ha hecho bestias son los hombres y no Dios, contestó mi madre.

—¡Ay madre, qué malos son los hombres! exclamé yo; y desde entonces pensé siempre con profunda compasion en la desventurada suerte de los esclavos.

Y al escribir, hace algunos años un libro que se titula *Cuentos de color de rosa*, recordé que en los Estados-Unidos, república que pretendia haber realizado el bello ideal de los que anhelan que la humanidad sea tan libre en la tierra como los pájaros en el aire, habian muchos millones de esclavos que sentian crujir sobre sus espaldas el látigo de sus despiadados dueños, y en los mercados públicos eran vendidos como las bestias y las pacas de algodon, maldije llorando de indignacion al pueblo hipócrita, que blasonando de libre y humano así degradaba y oprimia á hombres á quienes Dios ha dado la dignidad y la inteligencia del hombre.

Sí, le maldije llorando de indignacion, porque muchas veces habia leido en los periódicos de aquel pueblo párrafos como los que voy á copiar textualmente:

«Ayer en el ferro-carril del Este, tuvo un negro la audacia de tomar asiento en un wagon de los destinados á los ciudadanos libres; pero pagó bien cara su insolencia, pues los pasajeros se apoderaron de él y le arrojaron á la via donde fué destrozado por el tren. No aplaudimos justicia tan severa; pero reconocemos que merece un buen escarmiento la insolencia con que los esclavos y gente de color pretenden hombrearse con los ciudadanos libres.»

«Están de venta dos negritas de diez á doce años tan hermosas é inteligentes que su madre se murió de pena cuando el dueño anterior las separó de ella para venderlas al actual.»

Renuncio á comentar estos horribles párrafos que no lo necesitan porque el corazon los comenta conforme se van leyendo, y voy á referir á V. un hecho visto por mis propios ojos. Hace pocos años vino á Madrid una rica señora de los Estados-Unidos que entre otros servidores traia consigo un esclavo negro. Un amigo mio que la visitaba me contó que á pesar de ser una señora que amaba entrañablemente á sus hijos y tenia siempre abierto su bolsillo para los necesitados, tenia por cosa tan natural é inocente el tratar á los esclavos á latigazos, que trataba el suyo con mas rigor que los europeos tratamos á las bestias.

Resistíme á creer lo que me contaba mi amigo, y este, para probarme que no habia exajeracion en sus afirmaciones, se empeñó en llevarme á la tertulia de la señora americana. Hízolo así, y hallé á la señora jugando distraidamente con un precioso latiguito de mango de plata. Poco despues de mi llegada, ocurriósele no sé qué cosa, y apenas tiró de la campanilla, se le presentó en la actitud mas humilde un negrito á quien se puso á dar latigazos así como distraida, mientras le encargaba no recuerdo qué. El pobre negro, cada vez que sentia el látigo en la cabeza se extremecia de dolor, pero no revelaba espanto ni extrañeza por la crueldad de su señora.

Esta dolorosa y repugnante escena se repitió varias veces durante el tiempo que permaneci en la tertulia, y como al fin me decidiese á reconvenir por ello á la señora, por supuesto en los términos mas delicados que me fué posible, la señora me contestó:

—Tiene V. razon: es una pícara costumbre la que tenemos en América de fustigar á los esclavos; pero qué quiere V., se acostumbra una á ello desde la niñez y lo hace maquinalmente. Es verdad que los esclavos son hombres, pero nos acostumbramos á ver en ellos solo bestias, y sacudimos en su cabeza ó su espalda el látigo como le sacude V. en las ancas del caballo que monta, sin pensar si le duele ó deja de dolerle.

Cuando presencié esto y cuando leí párrafos como los que dejo trascritos, pensé con profundo dolor y profunda vergüenza que la esclavitud humana tambien existe en parte de los dominios de doña Isabel II, reina católica de España, en cuyo nobilísimo corazon siempre encuentran piedad y amor la debilidad y el infortunio. Informes multiplicados, contextes y fidedignos me han dado la certidumbre de que en nuestras Antillas la esclavitud apenas tiene de tal mas que el nombre; pero aunque así sea, es vergüenza y dolor muy grandes que la gloriosa nacion que llevó al Nuevo Mundo la religion cristiana, que es la redentora de la humanidad, tolere en sus dominios el nombre de esclavos. Dícenme que la esclavitud es indispensable en nuestras Antillas cuya prosperidad desapareceria en el momento en que la esclavitud desapareciese. Yo no sé si esto es verdad ó deja de serlo, pero lo que sí sé es que la esclavitud es en todas partes una gran vergüenza, un gran crímen, una gran iniquidad, un gran sacrilegio. Sustituyan en nuestras Antillas á los esclavos trabajadores libres, y si esto es imposible, «sálvense los principios y piérdanse las colonias», porque los principios de cuya salvacion se trata son los de la humanidad, son los de la justicia, son los de la religion cristiana, fuente de todo bien y de toda civilizacion.

Si un dia maldije á la república anglo-americana, porque blasonando de libre blandia el látigo sobre millones de esclavos, hoy debo bendecirla porque ha abolido, si no de hecho, al menos de derecho la esclavitud en sus Estados, ó mas bien debo bendecir á su primer magistrado, al presidente Lincoln, que con tan noble constancia sostiene en medio de una guerra asoladora sus cristianos y humanitarios decretos de emancipacion.

Tal vez algun mezquino cálculo de esos que tan comunes son en los hombres políticos se disfrace con estos nobles decretos; tal vez haya quien sospeche que no ha decretado sinceramente la libertad de los esclavos quien niega la de separarse de la Union á Estados que libremente ingresaron en ella; pero altísima gloria cabe de todos modos al que cuando era simple ciudadano dijo en alta voz: «abomino la esclavitud humana!» y esto ha dicho y probado desde el sillon presidencial.

Vea V., amigo mio, cómo no se equivocaba V. al suponer que yo tambien abominaria la esclavitud. Sí, la abomino como hombre, como vizcaino y como cristiano. Sí, la abomino como cristiano, porque la religion de Jesucristo la ha abominado siempre y siempre ha pugnado por la libertad humana. Amaos los unos á los otros, dice Jesus á los hombres, y muere en una cruz por la redencion del género humano. ¡Cómo los que nos llamamos cristianos hemos de ver sin profundo dolor, sin profunda indignacion, sin profunda vergüenza, que el hombre, lejos de amar y honrar al hombre, levante á toda hora sobre él un infame látigo y le degrade hasta el punto de confundirle con las bestias!

Hace V. bien en no manchar sus honradas manos con el dinero de Judas. El Señor ha dicho: «No hay cosa mas inicua que el que ama el dinero.» Cuando torne V. á nuestras nobles montañas, no oirá V. en ellas la terrible voz del profeta de las lamentaciones que en todas partes turba el sueño y la vigilia del injusto clamando: ¡Ay del que labra su casa con injusticia!»

ANTONIO DE TRUEBA.

LO QUE YO BUSCO EN LA FERIA.

Para lucir las miserias
Que guarda el mundo en su afan,
Quiso nuestro padre Adan
Que hubiera en el mundo ferias.
Y á esas ferias anualmente
La gente acude en tropel,
Y yo á mi costumbre fiel
Me voy donde vá la gente.
Mas ¡ay! en vano me ofusco
Registrando aquí y allá,
Todo en las ferias está
Excepto lo que yo busco.
¿Dudais? me podeis creer,
¿ignorais qué es lo que pido?
Pues aplicad el oido
Porque lo vais á saber.
Yo busco una y otra tarde
Tan pronto á pié como en coche,
Mancebo que no trasnoche,
Avaro que no se guarde.
Busco suegra sin malicia,
Valiente sin vanidad,
Mendigo con humildad,
Y usurero sin codicia.
Busco amor sin interés,
Ambicion sin egoismo,
Belleza sin coquetismo,
Y drama sin entremés.
Busco gloria que me aliente,
Esperanzas que me halaguen,
Acreedores que me paguen,
Y dicha que me contente.
Mas ¡ay! que la cosa es séria
Cuanto yo busco y anhelo,
Podrá existir en el suelo
Pero no sale á la feria.

—

Yo suelo hallar en Atocha
Lo que el avaro codicia,
Lo que el pobre desperdicia
Y lo que el rico derrocha.
Anteojos para no ver,
Libros para no estudiar,
Llaves para no cerrar,
Platos para no comer.
Hallo ropas que teñir,
Pinturas que restaurar,
Cofres que descerrajar,
Y puñales que fundir.
Hallo mangos sin sarten,
Cucharas sin tenedor,
Escopetas sin fiador,
Y gabanes sin saten.
Hallo lienzos desteñidos
Y uniformes empolvados,
Y retratos muy guardados
De originales *perdidos*.
Hallo historias que saber,
Secretos que adivinar,
Enigmas que descifrar,
Desengaños que aprender.
Y hallo, al fin, en ese centro,
Desde el único al pedrusco,
Todo aquello que no busco,
Y que, sin embargo, encuentro.

—

Niñas, que el suelo de Iberia
Ornais con vuestros encantos,
Si amais los recuerdos santos
Nunca bajeis á la féria.
Ancianos cuyas pasiones
Aun fermentan en el tedio,
La féria es el gran remedio
Para matar ilusiones.
Allí en confuso tropel
Bullen las viejas historias,
Allí duermen vuestras glorias
Ayer oro, hoy oropel.
Allí de antiguos amores
La historia os dirán á gritos,
Flores y lazos marchitos
Que fueron lazos de flores.
Y de ese sepulcro dentro
Si os dá por escudriñarlo,
Quizá hallareis sin buscarlo
Lo que yo busco y no encuentro.

MANUEL DEL PALACIO.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

—Dices bien, repuso el anciano suspirando; en cuanto Ko abre la boca, sale de ella una noticia triste; ¿qué te ha contado?

—Que los franceses tratan de pasar nuestras fronteras.

—¡Ah! Hé aquí á la tia Clara que viene tambien, repuso la jóven batiendo palmas.

La tia Clara llegaba con ambas manos en las caderas y mirando á José con ademan de enojo. Era Clara una mujer de edad, bajita, seca y con la cabeza casi blanca; pero su mirada era viva, y habia algo nervioso en la continua movilidad de su rostro.

—¡Arriar velas! ¡Ya viene un golpe de viento! murmuró José.

—¡Eso es! ¡Te parecerá que no debo enfadarme! exclamó la anciana. Te escapas furtivamente de casa como un ratero, y cuando yo te creia en el mar hace ya dos horas te encuentro muy repantigado ante una taza de

© Biblioteca Nacional de España

café. ¡Ay, José, José; tú vas perdiendo la cabeza!

—No queria despertaros; ya lo sabeis.

—Esos son cuentos: di que no te gusta almorzar solo con una pobre vieja y vienes aquí, donde hay gente jóven y alegría.

Sin duda la tia Clara tenia costumbre de reñir á José, porque todos los que escuchaban su filípica, hasta el ciego, sonreian, como no tomando por lo serio sus palabras.

—Ahora, querida tia, sentaos y tomad una taza de café, dijo Bella dulcemente.

La tia Clara tomó asiento, llevó á sus labios la taza que la habia preparado, y despues exclamó:

—¡Y no es solo esta la causa de mi cólera! Habeis de saber que José se vá volviendo tonto: que diga lo que hizo ayer en Adinkerke. Con su impremeditacion de niño ha hecho casi una desgracia. No os riais, José. Me cuesta seis escudos: ¡seis escudos en estos tiempos es un tesoro! sí, hermano; sí, Bella, ese majadero há permanecido dos horas en el banco ante San Sebastian de Adinkerke, con una porcion de chiquillos en brazos y al hombro. A cada momento permite á los chiquillos que hagan heregías, con él, que le destrocen la ropa, le tiren del pelo...

—¿Y qué mal hay en eso? Ya que el Señor se llevó á mi pobre mujer sin concederme hijos, tengo que amar á los de otros. ¡Ah, si yo tuviera solamente uno!

—No es una razon el no tenerle, para rodearse de todos esos desharrapados.

—¡Qué quereis! Estaba sentado á la puerta de San Sebastian, y me ocupaba en construir un botecillo pequeño para el hijo del zapatero: muchos chicos me rodeaban. Al mismo tiempo un labrador se adelanta con su carreta, sin cuidarse del niño del sacristan, que iba infaliblemente á caer debajo de la rueda. Le grito, pero todo depende de un momento, de uno solo... me levanto, y sin calcular lo que hacia doy un empujon á la carreta, y mula, carreta y amo ruedan por el suelo. Ya sabeis que soy forzudo...

Y acercándose á la anciana y abrazándola tiernamente, añadió:

—Vaya, seamos amigos: si yo hubiera dejado aplastar á aquel pobre niño, no me lo hubiérais perdonado en toda la vida. En cuanto á los escudos que habeis pagado por el destrozo de la carreta, no os apureis; en cuanto se firme la paz me marcho á Islandia, y tendreis mas que querais.

—¿A Islandia?... ¡por supuesto! ¡Y estaré meses enteros sin saber de tí!... ¡vaya, vaya, no me hableis de Islandia, siempre lo mismo!

—Bien, madre, lo que vos querais, yo no deseo mas que veros contenta.

En aquel momento una forma humana pasó por delante de la ventana y una voz varonil exclamó muy alto:

—Buenos dias, padre Stock.

—Es Nel (1) que vá ya á pescar, dijo José tomando tambien sus redes; ya debe estar alta la marea. Adios, padre, adios, madre, adios, Bella, que Dios os guarde.

Y José salió apresuradamente para unirse á su compañero.

—Perdonad si os dejo, tia, dijo Bella: tengo que hacer en el establo. Entre tanto, haced compañia á mi padre.

La anciana siguió á Bella con la vista, y despues movió con ternura la cabeza.

Despues que se cerró la puerta por donde la jóven habia desaparecido, acercó su silla al anciano privado de la vista, y como si buscase el medio mejor de empezar un diálogo que le convenia tener, exclamó:

—Hermano, ¿no pensais en buscar un buen marido para Bella?

—¡Os burlais, hermana mia! Si es todavía una niña.

—¿Una niña con diez y nueve años? Ya se vé: hace once que vos no la veis, y creeis que está siempre lo mismo; pero hay otros que notan bien que vá teniendo edad de casarse, y cuando atraviesa la explanada que antecede á la iglesia, todos los mozos de Adinkerke la rodean, tratando de obtener una mirada suya.

—¿Con que es muy hermosa? exclamó el anciano con emocion.

—¡Ya lo creo! demasiado hermosa para alterar el reposo de los que la miran. Por eso á nosotros nos toca velar por ella y aconsejarla. Si no dejaremos que pase la flor de su juventud... desengañaos, cada cosa tiene su época marcada, y el que no la aprovecha, la llora luego. Bien sé que Bella se asusta á la idea de casarse, porque no quiere partir con nadie el amor que os tiene: la pobre niña cree que habeis perdido la vista por salvarla la vida, y moriria antes que causaros un pesar, pero á nosotros toca no ser egoistas con nuestros hijos.

—Decís bien, pensaré en ello.

—Yo sé de un excelente marido para ella.

—¿De veras? ¿es decir, que me hablábais con intencion?

—Sin duda.

—¿Será algun jóven pescador?

—No es viejo, y si ahora no se entrega al ejercicio de la pesca, ha sido pescador.

—¿Me hablais de Ko el corredor?

—De Jacob Suel, en efecto.

—¿Él os ha encargado de tal mensaje?

—El pobre es tímido, no se atreve á hablaros del asunto, y me ha encargado que os hable por él.

—¡Es demasiado viejo y demasiado feo!

—Treinta y cinco años en un hombre es la mejor edad de la vida: además, el dinero vale mas que la hermosura, y bien sabeis que él debe tenerle, porque presta á los pescadores y nunca les apremia, lo que prueba que no le corre prisa el cobrar. Bella estaria pues asegurada para el porvenir, y no tendria necesidad de estar como ahora corriendo á la orilla del mar dias enteros para pescar unos cuantos marisc os.

—No, hermana mia, no me hableis de semejante matrimonio. Ko apareció en nuestras dunas sin saber de dónde habia venido, hasta se ignora el sitio de su nacimiento.

—¿Y le culpariais á él porque sus padres hayan tenido la inhumanidad de abandonarle?

—A él... no sé; pero en cuanto á su dinero... Clara, si me lo encontrase en casa lo arrojaria!

—¿Porqué?

—Porque no quiero dinero cuyo origen no conozco.

—Pero, Simon, ¿en qué estais pensando? ¿vais á ser injusto como los otros, que sin saber porqué le odian?

—Yo no tengo nada contra Ko, creedlo, pero seria un gran dolor para mi ver á mi Bella en poder de un hombre que quiere mejor pasearse que trabajar. No penseis en eso: si Bella debe casarse se casará con un jóven honrado y trabajador que la merezca.

—Aquí vuelve Bella, ¿quereis que la hable del asunto?

—No, no, por Dios: la afligiriais, hermana.

La jóven apareció en la puerta de entrada llevando al asno del ramal. Entró, abrazó al anciano y le dijo:

—Me marcho, padre; pasadlo bien y no trabajeis mucho, no hay necesidad. Adios, tia, llevaos con vos á mi padre y entretenedle con vuestra conversacion mientras despachais vuestra hacienda; yo procuraré volver pronto, en cuanto haya vendido mis langostinos; adios, padre: hasta luego, tia.

Y arreando al asno, se dirijió rápidamente hácia las dunas.

II.

Bella Stock marchaba lentamente al lado de su asno entre las sinuosidades de las dunas; parecia absorta en profundos pensamientos, porque aunque murmuraba entre dientes una copla del pais, caminaba con los ojos fijos en la tierra.

Aquella mañana el sol se ostentaba en toda su hermosura, bañando la parte oriental de las montañas de luz resplandeciente y dejando la parte opuesta sumida en la sombra. De esta diferencia de luz resultaba en toda la extension de las dunas una variedad de tintas y colores, como si la antorcha celeste hubiera combinado todo su poder para engalanar con sus cambiantes aquella apartada comarca.

Un silencio solemne reinaba en aquellos sitios, alterado solo por el rumor de las olas ó por los trinos de alguna invisible golondrina, contribuyendo estos ecos á hacer mas sensible el reposo de aquella naturaleza pacífica.

Sobre una de las montañas y á corta distancia del sitio donde Bella avanzaba meditando, un hombre estaba de pié á la parte opuesta, asomando solo su cabeza por encima de la montaña, como queriendo observar de lejos sin ser apercibido. Era de mediana estatura, notablemente delgado, sus ojos pequeños, casi escondidos en sus pequeñas órbitas, brillaban de un modo extraordinario, y sus labios eran tan pequeños como si su boca hubiera sido abierta por la cortadura de un cuchillo.

Este hombre no era feo, sin embargo; pero su rostro revelaba tan claramente la malicia y la hipocresía, que no podia mas que causar general disgusto.

Sobre el traje habitual de los pescadores, llevaba una especie de justillo para resguardar su pecho del viento húmedo del mar, y su cabeza estaba cubierta de un sombrero de anchas alas que hacia aun mas sombrío su rostro.

Largo rato hacia que estaba allí esperando, moviendo á veces la cabeza con impaciencia; pero al punto sucedia una sonrisa de triunfo á su expresion de despecho, y sus labios se agitaban levemente como hablando á un compañero invisible. Sus gestos apasionados y el ardor que brillaba en sus pequeños ojos, indicaban la lucha que sostenia, aplaudiéndose no obstante de una victoria segura.

De repente, y cuando lo esperaba menos, acentos inarticulados llegaron á sus oidos: ocultóse vivamente y murmuró:

—Ya viene y viene de buen humor. Me alegro.

Los ecos de una voz dulce se acercaron mas y mas, y en breve el hombre escondido pudo escuchar la cadencia y la letra de la cancion. Una expresion rencorosa contrajo no obstante su rostro al escuchar la siguiente copla:

Te embarcaste para Islandia,
Huiste de tu país...
Marinero, marinero,
Tu casa te aguarda aquí,
Y tu amada que al altar
Debes tierno conducir,
Vuelve, vuelve que aquí todas
Lloran por tí.

—¡Siempre la misma cancion! ¿esperará en efecto á alguno?... ¡Bah! no sé lo que me digo. La navegacion con Islandia está interrumpida, y esa cancion es una de tantas como ha hecho nuestro maestro de escuela; vivirá en mi casa y será mi mujer.

Y disponiéndose á presentarse á la jóven, descendió por el lado opuesto, dió la vuelta á la montaña y apareció en el mismo sitio por donde pasaba Bella con su asno.

—¡El corredor! exclamó la jóven extremeciéndose. Pero Ko, ¿os empeñais en matar á las gentes de miedo? ¿Por dónde habeis venido que no os he visto llegar?

—Por entre las dunas: me dirijia á Hooge, oí vuestra dulce y armoniosa voz, y el corazon palpitó de alegría y... ¡si vos supiérais, Bella!

—¿Porqué? ¡habeis hecho alguna gran pesca! seria extraño, la mar hace algun tiempo que está como si la hubieran barrido.

—¡Ah! Bella, dijo Ko cruzando sus manos, yo quisiera preguntaros algo.

—Pues hablad, pero pronto, no me entretengais mucho; no puedo perder tiempo; y como su asno echase una carrerilla hácia adelante, la jóven echó á correr detrás siguiéndola Ko con expresion de despecho; así que la jóven volvió su rostro, la sonrisa animó de nuevo el del corredor.

—Con que vamos, ¿qué queriais? preguntó Bella.

—¿No os enfadareis conmigo? preguntó tímidamente Ko; si supiera que habíais de decirme que no, creo que me arrojaria al mar y me iria hasta un sitio de donde no fuera posible salir.

—Me asustais, murmuró la jóven con invisible inquietud; ¿os ha sucedido alguna desgracia? ¿porqué estais tan conmovido?

—No, Bella; mas de lo que voy á preguntaros depende la dicha de toda mi vida.

—Pero si no lo acabais de decir no sabré nunca qué es lo que quereis. ¿Es cosa tan terrible que no os atreveis á decirmela?

Él adelantó algunos pasos, y con acento temeroso y suplicante murmuró:

—Bella, esta noche he tenido un sueño que las lágrimas acuden á mis ojos al recordar que no es verdad.

—En efecto, estais muy turbado, repuso la jóven con interés; ¿qué puedo yo hacer por vos?

—Escuchad, Bella, lo que yo he soñado. Estaba en la iglesia delante del altar, y á mi lado estaba una jóven como una estátua, con ojos negros, megillas sonrosadas, y tan hermosa que se pierde el juicio al contemplarla. Erais vos, Bella.

—¡Yo! ¡Jesus, ¡qué cosas tan extrañas soñais!

—Sí, vos, Bella; vos que me dábais vuestro consentimiento, y la bendicion del cura nos hacia marido y mujer. No lo creereis Bella, pero era yo tan dichoso, que al despertar empecé á llorar como un niño, porque no era cierto.

—Vaya, exclamó la jóven con enojo, os habeis atrevido á soñar que yo era vuestra mujer. Habeis hecho mal, Ko; pero á Dios gracias los sueños son sueños.

—¿Creeis, Bella, que no seriais tan feliz conmigo como con otro?

—No sé; pero no quiero que nadie sueñe conmigo.

—Y sin embargo, ¡qué vida de dicha nos aguardaba! Yo tengo dinero, Bella; os compraria ricos vestidos, seriais señora en una casa á vuestro gusto, y no trabajariais mas que en aquello que os agradara. ¡Ah! yo haria que todas las aldeanas de Adinkerke os tuvieran envidia.

La jóven le miró frente á frente durante unos instantes, y despues, lanzando una carcajada, prosiguió:

—¡Pobre Ko! ¿Quién os ha trastornado el juicio? Pero esa es una broma para entretenernos. ¡Casarme, yo! No me casaré, aunque un rey viniera á pedirme en matrimonio; ¿olvidais, Ko, que mi padre es viejo y ciego, y que no tiene á nadie mas que á mí sobre la tierra para cuidarle? Vaya, no hablemos de esas tonterias y apretemos el paso.

Ko, siguiendo á la jóven, se disponia á echar mano de todos los recursos para convencerla de que seria la mujer mas dichosa de Adinkerke, cuando Bella, aterrada, detuvo su cabalgadura con una sacudida violenta, levantó los ojos al cielo y lanzó un grito de angustia.

—¿Qué hay? ¿qué os pasa? preguntó Ko estupefacto.

—¡Allí, allí! exclamó Bella; ¡sangre! ¡Un hombre! ¡Un cadáver!

Y señaló con mano trémula un cuerpo humano tendido al pié de una duna. Sin duda el cráneo de aquel infeliz estaba destrozado, porque sus cabellos estaban empapados en sangre, y junto á su hombro una mancha rojiza coloreaba el suelo. Sus vestidos estaban destrozados y en torno suyo la arena muy movida, como si en las últimas convulsiones de la agonía se hubiera defendido enérgicamente con manos y piés.

—Venid, Bella, dijo Ko; veremos qué es eso.

—La jóven le siguió con paso trémulo.

—¡Pobre hombre! suspiró. Lavadle la cabeza, Ko, puede que viva aun.

—Y arrastrando el cadáver por los piés, le dejó caer de golpe: un extremecimiento de horror agitó á la jóven.

—Está bien muerto, dijo el corredor; siente ni mas ni menos que una piedra; ¿quién habrá traido á este mozo entre las dunas? Y es jóven... y debe ser rico, porque ved, su traje es de paño fino y tiene encajes en la camisa.

Y á estas frases se bajó, y con ansia devoradora registró los bolsillos del muerto.

—¿Qué haceis? exclamó horrorizada la jóven; ¿buscais dinero sobre un cadáver?

—Es siempre lo primero que se hace.

—¿Y guardariais ese dinero?

—¿Porqué no, si nadie lo reclamaba? ¿para qué le quiere el muerto?

—¡Qué horror! ¡pensais en el dinero ante una desgracia tan horrible!

—Mi compasion no le ha de resucitar, prosiguió Ko sin suspender su registro. Le habrán asesinado algunos ladrones, porque no encuentro ni un ochavo sobre él.

(1) Abreviatura de Corneille.

© Biblioteca Nacional de España

Y deslizando su mano hasta el pecho del cadáver, añadió:

(*Se continuará.*)

REVISTA LOCAL.

La época que atravesamos es la de emigracion para Cádiz. El verdor de los campos atrae á sí á los habitantes de nuestra ciudad, ansiosos de gozar de lo que aquí les falta. Esto es lógico, y por eso es costumbre de siempre. Además, en la vida del campo existen todavía restos de aquella franqueza, de aquella sencillez en el vestir, de aquella especie de abandono decoroso y culto que tanto aliciente ofrecian en tiempos no lejanos, y que por desgracia han empezado á perderse, segun opinion de muchos; porque el lujo, el afan de la ostentacion, el deseo de ser tenido por mas, tienden por todas partes á inficionarlo todo. Los paseos campestres, donde antes se presentaban las jóvenes con sencillísimos trajes, con los que nada perdian de su elegancia, principian á considerarse por algunas como un palenque en que lucir galas que no debieran ser de allí; la seda cruje sobre las yerbas y las matas, y cien carruajes pasan y repasan al través de las arboledas, no cruzadas antes por vehículos lujosos.

Tiempo es aun de que se reflexione que siguiendo por ese camino las temporadas de campo llegaran á desnaturalizarse del todo, y limitándose á solo las familias opulentas, no cumplirán con su objeto de casi necesidad para Cádiz, viéndose privada la gran masa de la poblacion de este solaz, que en muchos casos tiene además una importancia salutífera. Véase pues aquí como el lujo amenaza destruir ahora, como siempre, lo que las costumbres racionales habian creado para bien de todos.

Pero hemos dicho que esta emigracion de Cádiz durante la primavera y parte del verano estaba justificada por las condiciones de localidad. No existen estas en igual grado en otras muchas partes, y sin embargo, muchos son los que viajan hoy en España, porque es moda, y nada mas que porque es moda. En Madrid, por ejemplo, no hace hoy mas calor que antes, ni se ha aumentado proporcionalmente el número de los achacosos. Antes casi todo el mundo se quedaba en su casa; hoy todo el mundo se pone en camino para cualquier parte no bien asoma el mes de Julio. Es menester ir á las provincias á tomar baños, es indispensable ir á hacer uso de aguas minerales, cualesquiera que ellas sean, que eso importa poco con tal de que sean aguas muy concurridas, muy de moda. Esto podrá no traer ventaja alguna para la salud, pero en cambio la trae muy grande para las empresas de ferro-carriles y para las fondas. Sobre todo, se gana en importancia; los supuestos enfermos, los valetudinarios, bailan, cantan, tocan, juegan y trasnochan con mayor furor que pudieran hacerlo las personas que gozasen de la mas completa salud, y al cabo de la temporada tornan á Madrid, prometiéndose enfermar del mismo modo para otro año, á fin de curarse de la misma manera. Eso está muy puesto en razon. Así se hace en Francia, y claro es que en España tenemos que hacerlo así tambien, so pena de pasar por gentes de poco mas ó menos.

El resultado inmediato que para Cádiz ofrece la salida veraniega de muchos de sus habitantes, refluye en primer término sobre los teatros, de los cuales vamos á decir pocas palabras, y esas por referencia; puesto que el estado de nuestro espíritu no nos permite hacerlo de otro modo.

En el Circo actúa el Sr. Valero, con una compañía donde hay actores de reconocido mérito. Nosotros, constantes admiradores del gran talento que posee este eminente actor, no podríamos jamás poner en duda ni creer exajeradas las alabanzas que le prodigan los demás periódicos de la plaza, y estamos seguros de que el Sr. Valero, ora ejecutando un papel, ora dirijiendo una escena, sabrá colocarse siempre á una gran altura, así como sacar un inmenso partido de cuantos elementos tenga á mano. Donde quiera que él esté, el público aplaudirá de fijo; pero el caso es que ese mismo público no es con frecuencia tan numeroso como era justo el esperar en vista del nombre del director de aquel teatro, así como en vista del agrado con que se oye la compañía. Esto para nosotros no tiene otra explicacion que la que se desprende de lo dicho arriba, á saber, de la falta de gentes en Cádiz durante la temporada actual, y con especialidad de la falta de gentes de esas que por su posicion social pueden concurrir á los teatros de un modo mas constante.

Además de este coliseo, funcionan hoy el del Balon, y hasta el de Isabel Segunda; solo el Principal es el que tras de su larga siesta abre sus ventanas, esperando llegue la hora en que la Sra. Penco procure despertar á su público; hora que parece se acerca con rapidez, á juzgar por lo que hemos oido.

Los paseos vespertinos y nocturnos comienzan á animarse, porque el bombo de una música militar posee una eficacísima virtud para el caso. Y decimos el bombo, porque sabido es que la música no suele ser toda por los paseantes: basta no mas que el saber que la hay para que acuda gente, que es todo lo que se necesita.

Ha habido ya varias corridas de toros, y se esperan no pocas mas. En las primeras parece que no hicieron fortuna los portugueses. Los aficionados decian que aquello no era el arte, y los no aficionados lo rechazaban tambien como un rasgo de barbaridad inaudita. Nosotros no vamos á entrar en la cuestion artística, porque tenemos la desgracia ó la fortuna de no comprender jota de esas reglas infalibles que llegan á poseer los grandes lidiadores, y apesar de las cuales muchos de ellos han muerto en las astas de un toro; pero respecto á la apreciacion que de las citadas corridas han hecho los no inteligentes, parécennos exactas, puesto que esta forma de lidia se reduce solo á sustituir con los puños de los hombres los dientes de los perros de presa, que hace años se echaban á los toros que no entraban á la vara; espectáculo que por su repugnancia se ha desterrado de las plazas todas.

En la última corrida el matador Bocanegra quedó muy mal tratado, recibiendo una herida grave con fractura de la mandíbula inferior. Los aficionados han experimentado, por tanto, una de esas emociones tan frecuentes en una plaza de toros, y que constituyen, por decirlo así, la sal y pimienta de estos inocentes, cultos y civilizadores espectáculos. La plaza de Cádiz ha comenzado á acreditarse.

La prensa gaditana ha abierto recientemente sus columnas á una polémica tauromáquica importante, y de vez en cuando entre los documentos diplomáticos del Perú, las noticias de la guerra entre federales y confederados, y la discusion del proyecto acerca de las reuniones públicas, asoma la cabeza algun artículo en el que se discute el no menos grave asunto de si se han de correr seis toros ú ocho en cada tarde. Por una y por otra parte se aducen razones, se invocan ejemplos, y se aguza el ingenio y la pluma, ya abogando por el progreso de la supresion de dos toros, ya sosteniendo el *statu-quo*. Falta saber en qué sentido se resolverá por quien corresponda una cuestion que en tan alto grado afecta uno de los mas preciosos intereses del pais.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Se nos ha remitido la siguiente ingeniosa ampliacion á la charada que insertamos en el n.º 23, y que comprende además la solucion de ella. La publicamos con mucho gusto.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL N.º 23, CON LA SIGUIENTE.

Prima con primera unidas
extranjero árbol te dan,
é interponiendo tercera
soldado tambien de allá:
si interpones la segunda
un artista encontrarás,
que si á lo bueno reune
lo que la primera dá
despues de las dos segundas,
consumado llamarás:
segunda sola, en la música
valor tiene, y es cabal
que cuarta y quinta designen
cuanto es de mi propiedad.
Quinta y tercera en el cielo
en noche clara verás,
si algo de astrónomo tienes
ó si te gusta observar,
mas si no y verla deseas
y te pones á mirar,
excitarás cuarta y tercia
á un *Comisario* real.

Explicacion del figurin iluminado.

NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.—Trage de tafetan verde claro; lo bajo de la enagua está recortado á festones, guarnecidos por un volante estrecho de tafetan blanco, orlado de un flequito verde; el bordado de la enagua blanca excede un poco del borde del trage; corpiño cuadrado escotado, con tirantes; por dentro camisolin plegado.

NIÑA DE 10 AÑOS.—Trage de popelina gris plata, adornado con cuatro rulós de tafetan grosella, cruzándose en cada paño debajo de un *agreman* de pasamanería; cinselete de cinturon largo cayendo por detrás; camisolin de muselina blanca con puntillas de encage, atravesadas por cintas de terciopelo grosella.

NIÑA DE 4 AÑOS.—Trage de cachemira encarnada; lo bajo de la enagua está recortado en festones, orlados por un volantito estrecho; corpiño escotado con berta. Gorra encarnada y plumas blancas; botas de piel encarnada.

NIÑO DE 3 AÑOS.—Pantalon corto y blusa corta, sujeta al talle por una correa; el vestido todo es de cachemira color castaño, bordado de trencilla negra.

NIÑA DE 10 AÑOS.—Trage de fulard crudo, adornado con una tira de tafetan azul; chaqueta abierta y corta; cinturon con punta, llevando los mismos adornos.

NIÑA DE 12 AÑOS.—Trage de linó blanco adornado con un volantito encañonado, forrado de florencia lila, y sobre el cual vá un fleco de felpilla lila; talma igual, forrado de tafetan lila con fleco de este último color.

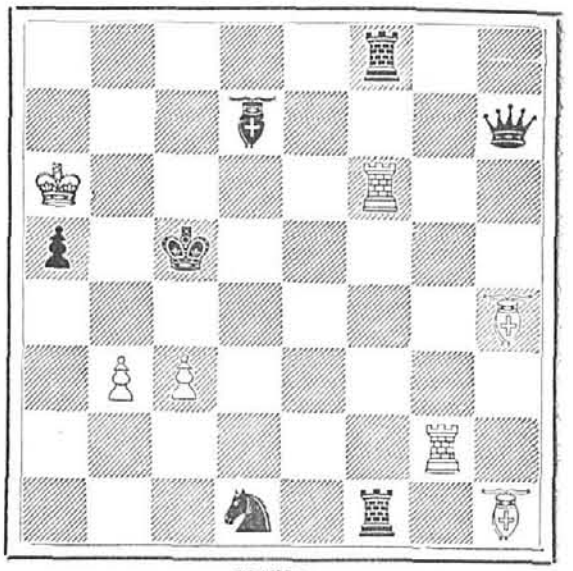
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL N.º 1, POR D. EDUARDO MOJADO (DE MADRID).

1.ª	T. 6.ª A.R.ª		T. quita A. ó (a)
2.ª	A. 3.ª A.R.ª	jaque.	R. juega.
3.ª	Cab. mate.		
(a) 1.ª	.....		R. 4.ª R.ª
2.ª	A. 3.ª A.R.ª		Cualquiera jugada.
3.ª	Cab. mate.		

PROBLEMA N.º 3, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 4 jugadas.

ADVERTENCIA.

En nuestro número anterior decíamos lo siguiente:

"Queda suprimida desde esta fecha la Administracion que teníamos establecida en Madrid, á cargo de D. Manuel Torrijos.

En el próximo número espresaremos á donde será trasladada."

Hoy, en cumplimiento de nuestra oferta, participamos que queda establecida en la librería del Señor Don Cárlos Bailly Bailliere, librero de Cámara de SS. MM., plaza de Santana, donde podrán dirigirse nuestros suscritores con las reclamaciones que se les ocurran; como asimismo los que deseen suscribirse y entérarse de las bases de nuestra publicacion.

Cádiz 17 de Junio de 1864.

A. de Cárlos.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Lacey Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56 Rue Jacob Paris

© Biblioteca Nacional de España